

Jimena se dirigía a la fuente de la Magdalena con unas ceras nuevas que su madre había puesto tanto esfuerzo en poderle conseguir. Las estrenaría dibujando su animal favorito. El famoso y temido gran lagarto que habitaba en la cueva junto a la fuente.

Lo encontró tendido al sol. Subió a su árbol favorito y comenzó su dibujo. Tenía su casa repleta de dibujos de animales, especialmente de ese lagarto, pero esta vez sería especial. Lo dibujaría con las ceras que tanto deseaba.

A Jimena le costaba mucho relacionarse con los demás. Pero con los animales le pasaba lo contrario. Sentía una conexión que no compartía con los humanos, exceptuando a su madre. La persona más importante y a la que más quería.

Ese día, un lugareño pasó por la zona acabando con toda la paz que había. Gritó a Jimena para que tuviera cuidado y se alejara de esa bestia y el lagarto comenzó a defenderse. El hombre huyó del ataque dirigiéndose hacia las casas de los vecinos para difundir que debían reunirse para pensar cómo matar a esa bestia que tanto temían.

Jimena, repleta de pavor, corrió hacia su casa para pedir ayuda a su madre. No podía permitir que mataran a su tan especial amigo. Lloraba y lloraba, pero su madre la tranquilizó planeando la confección de una poción que tranquilizaría a su gigante amigo para así poderlo ayudar a escapar.

Cuando el sol cayó el barullo de los vecinos crecía y, aprovechándolo, se escabulleron hacia la fuente. Los vecinos llevaban antorchas, armas y perros, decididos a terminar con la vida del gran lagarto. Lo que no sabían es que Jimena y su madre se adelantarían. Cogieron un carro de caballos, montaron al lagarto y huyeron del lugar dejando atrás los perros que casi las alcanzan, los disparos y los gritos.

Cuando al fin lo liberaron el lagarto abrió su enorme boca dejando ver la caja de ceras que Jimena dejó caer esa tarde a la fuente y una bolsa repleta de monedas de oro que ayudarían a esta pequeña familia para el resto de su vida.